

guiente otra crisis de dinero, tenían que pagar una revolución que no habían querido, un gobierno que no les había consultado y un experimento que odiaban con toda la fuerza de su alma.

El sufragio universal proclamado por el gobierno provisional daba el voto no solamente á los obreros de las ciudades, que para los revolucionarios eran el pueblo, sino también á los campesinos, y el uso que este verdadero pueblo haría del nuevo derecho inspiraba mucho miedo á los partidos dominantes en París, por lo cual quisieron aplazar las elecciones de la asamblea nacional. Para esto los demagogos se sirvieron del ejército que la nación mantenía en los talleres nacionales. En 17 de marzo y 16 de abril se efectuaron manifestaciones en masa para obtener el aplazamiento de las elecciones. Para atemorizar á los electores en las provincias envió Ledru-Rollin comisarios con plenos poderes á los departamentos, y Carnot, ministro de Instrucción, remitió sus extrañas circulares electorales á los maestros de primera enseñanza para republicanizar la población rural.

La asamblea nacional que se reunió el 4 de mayo en París justificó todos los temores de los clubs, porque pronunció la sentencia de muerte de los talleres nacionales, sentencia de muerte que ejecutó el general Cavaignac á costa de ríos de sangre en la formidable batalla callejera del mes de junio. A consecuencia de la reacción que siguió fué acusado Luis Blanc de haber tomado parte en la sublevación del 15 de mayo, por lo cual fué expulsado del país; pero un adepto de su doctrina entró, al cabo de poco tiempo, en el parlamento y llegó á ser jefe de Francia. Este era el príncipe Luis Napoleón Bonaparte (1).

Cuando el príncipe por su intención de sublevación en Boulogne compareció en agosto de 1840 ante un tribunal excepcional político, solo una voz se había levantado contra este proceder. Esta voz fué la de Luis Blanc, y cuando Luis Napoleón estuvo preso en el castillo de Ham, abandonado y ridiculizado por todo el mundo, invitó á Luis Blanc con muchas instancias á que le visitara y Luis Blanc aceptó la invitación. En sus conversaciones ambos echaron de ver muy pronto la radical diferencia que existía entre sus respectivas ideas políticas, pero también la exacta concordancia de sus ideas sociales. Ambos eran partidarios del sufragio universal, el príncipe para restablecer el imperio, y Luis Blanc para erigir la república social, un imperio sin emperador. Respecto de la organización del trabajo estaba el príncipe completamente de acuerdo con Luis Blanc, y lo probó publicándolo desde Ham en 1844 un escrito con el título de: *Extinción del pauperismo*, enviando un ejemplar á París con el sobre y la dedicatoria: «A Luis Blanc, como recuerdo de la alta estimación y amistad del autor L. N. B.» En aquel escrito se manifestó el autor perfecto socialista, enteramente al gusto de Luis Blanc. Copiamos de los primeros trozos de la obra los períodos principales para dar también una muestra del estilo del príncipe.

En el primer capítulo dice: «La riqueza de un país depende de la prosperidad de la agricultura y de la industria, del desarrollo del comercio interior y exterior, de la distribución justa y equitativa de los fondos públicos. No puede citarse ninguno de estos diferentes elementos del bienestar público que no se halle socavado en Francia por un mal orgánico. Todos los pensadores independientes lo reconocen así y solo discrepan sus opiniones respecto de los medios de curar el

(1) Nació el 20 de abril de 1808 como tercer hijo del rey Luis de Holanda y de la reina Hortensia. Sus dos hermanos mayores murieron, el uno siendo niño y el otro el año 1831. Por la muerte del rey de Roma el duque de Reichstadt, en 1832, fué Luis Napoleón el príncipe heredero de los Napoleones.

mal. Es principio admitido que la división ilimitada de las tierras conduce á la ruina de la agricultura, y sin embargo, no se puede desear el restablecimiento del derecho de heredero primogénito, que conservaba las grandes posesiones y favorecía la explotación en grande escala. Bajo el punto de vista político debemos felicitarnos de que el restablecimiento del derecho de primogenitura sea imposible. La actividad industrial, fuente de riqueza, no está reglamentada hoy día; no tiene organización ni objeto final. Es una máquina que trabaja sin regulador; no se cuida de la fuerza motriz que consume; destroza hombres y primeras materias con sus ruedas; despuebla el campo y acumula la población en espacios faltos de aire; la debilita en cuerpo y alma, y cuando nada sabe hacer ya con las personas, que han gastado su fuerza, su juventud y su vida para enriquecer á la industria, las arroja sin piedad á la calle. La industria es el verdadero Saturno; devora á sus hijos y vive de su muerte. — La actividad industrial atrae cada día hombres á las ciudades y les quita la fuerza. Hay que volver á llamar al campo á aquellos que sobran en las ciudades y hay que robustecer al aire libre sus cuerpos y sus almas. La clase trabajadora no posee nada; es preciso hacerla propietaria; no tiene mas riqueza que sus brazos, y estos brazos deben emplearse en provecho de todos. Esta clase es como un pueblo de héroes en medio de un pueblo de sibaritas. Hay que darle un puesto en la sociedad y hay que enlazar sus intereses con los de la tierra. También está falta de organización y de cohesión; no tiene derechos ni porvenir; hay que darle estos derechos y este porvenir y levantarla á sus propios ojos por medio de la organización, de la educación y de la disciplina.» En el segundo capítulo dice el autor: «Para realizar un plan tan digno del espíritu popular y humanitario del siglo, y tan necesario para el bien público, se necesitan tres cosas: primera, una ley; segunda, un primer adelanto de los fondos públicos; tercera, una organización.

1.º »La ley. — Hay en Francia, según la estadística agrícola oficial, 9.190.000 hectáreas de terreno inculto que pertenece en parte al gobierno, en parte á los pueblos y en parte á particulares. Estos terrenos incultos ó pastos del comun dan un producto muy insignificante, por término medio ocho francos la hectárea. Son un capital muerto que no da utilidad á nadie. Que decidan las cámaras que todos estos terrenos incultos pertenecen de derecho á la asociación obrera con la obligación de pagar á sus propietarios actuales anualmente el producto que ahora sacan de ellos; que se den estos terrenos á aquellos brazos que ahora están tan incultos como ellos; y así ambos capitales estériles se ayudarán mutuamente á ser productivos, y se habrá encontrado el medio de suavizar la miseria enriqueciendo de paso al país. Para evitar la acusación de exageración admitiremos que de estos 9.000.000 de hectáreas puedan solo concederse dos terceras partes á la asociación, quedando la tercera parte inculta ú ocupada por edificios, ríos y canales. Quedan, pues, 6.127.000 hectáreas para ser roturadas. Este trabajo podrá ser hecho por colonias agrícolas, que extendidas por toda la superficie de Francia formarían las bases de una organización única y amplísima, en la cual podrían tomar parte todos los obreros pobres como miembros de la asociación sin ser propietarios individualmente.

2.º »El adelanto de fondos por el Estado. — Los adelantos necesarios para la creación de este establecimiento han de ser hechos por el Estado. Según nuestros cálculos subiría este sacrificio á 300 millones poco mas ó menos, pagaderos en cuatro años, porque pasado este tiempo estarían estas colonias, á pesar de mantener un gran número de obreros, en situación adelantada. Al cabo de diez años podría imponer

el gobierno á esta cantidad de exceso una contribución de ocho millones, sin contar el aumento natural de todos los impuestos, cuyo aumento redundaría siempre en provecho de las rentas del Estado, por el aumento del consumo, que crecería con el bienestar general; de suerte que este adelanto de 300 millones ni siquiera sería un sacrificio, sino un empleo brillante del capital. ¿Cómo podría resistirse el Estado á hacer este adelanto, atendida la magnitud del objeto, cuando gasta cada año 46 millones para proteger la propiedad contra los ataques y castigarlos, cuando cada año le cuesta 300 millones el instruir al país en el oficio de las armas; y cuando ahora mismo pide 120 millones para construir nuevas cárceles? El país, finalmente, que ha pagado dos mil millones á los extranjeros que han inundado la Francia, que ha dado mil millones á los emigrados y que paga sin espantarse de doscientos á trescientos millones para fortificar á París; este país, digo, ¿vacilaría en pagar en cuatro años trescientos millones para extinguir el pauperismo, para librar á los pueblos de la carga inmensa que les impone la miseria de los pobres, para aumentar finalmente su valor territorial en mas de mil millones?

3.º »La organización. — Las masas sin organización son nada; disciplinadas lo son todo. Sin organización no pueden hablar ni hacerse comprender; ni siquiera pueden oír ni recibir un impulso comun. Por un lado se extingue la voz de veinte millones de hombres, diseminados sobre una gran extensión de terreno, sin encontrar eco, y por otro no tiene esta voz ni vigor ni fuerza convincente para llevar sin miembros intermedios las leyes siempre severas del poder á veinte millones de conciencias. Hoy no hay castas, y solo se puede gobernar con las masas, que por esto mismo deben ser organizadas y educadas para que puedan expresar su voluntad y para que puedan ser dirigidas é ilustradas sobre sus propios intereses. Gobernar no se llama ya sujetar á los pueblos por la fuerza sino dirigirlos á un porvenir mejor, apelando á su razón y á su corazón; pero como las masas han de ser enseñadas y educadas, y como hay que limitar y enseñar también al poder del Estado respecto de los intereses de la mayoría de la nación, debe haber en la sociedad dos influencias igualmente fuertes: una influencia del poder del Estado sobre las masas, y la reacción de las masas sobre el poder del Estado. Estos dos movimientos no pueden obrar sin choques si faltan miembros intermedios que posean la confianza de sus representados y la de los gobernantes. Estos agentes intermedios tendrán la confianza de sus representados cuando sean libremente elegidos por ellos, y tendrán la confianza de los gobernantes si ocupan en la sociedad un puesto importante, porque en general puede decirse que el hombre es lo que su ocupación le obliga á ser.»

Así llega el príncipe á proponer una representación para todo el mundo obrero en una corporación de hombres buenos, que en la hueste obrera deben ser lo que en el ejército son los sargentos, es decir, el primer grado ó escalon en el edificio social, que excita la loable ambición de todos y á los cuales se señalaría una recompensa fácil de obtener.

Desde la publicación de este escrito el príncipe, que entretanto se había evadido de su prisión y había huido á Londres, pasó por un hombre de Estado que se diferenciaba de todos los demás en que había mostrado simpatía á favor de la causa obrera. Desde entonces el nombre de Luis Napoleón tuvo entre los obreros de París el mismo sonido mágico que tenía en su tiempo el de Napoleón I en la clase campesina. Mientras el príncipe aguardaba la ocasión con grandísima calma en Londres, trabajaban á su favor desde el principio de la revolución en los barrios obreros de París, con celo devorador y éxito sorprendente, sus partidarios fidelísimos Fia-

lin de Persigny, Laity y Ferrere. En las segundas elecciones del 4 de junio fué elegido el príncipe en cuatro departamentos simultáneamente, noticia que cayó como un rayo en los círculos políticos de París. Al mismo tiempo estalló un movimiento público á favor del príncipe en los barrios obreros de Buttes-Chaumont, Belleville y Batignolles.

Desde el 7 de junio recibió el gobierno, que entonces se llamaba Comisión ejecutiva, informes nada tranquilizadores de la policía, de los cuales conocemos los siguientes extractos (1): «7 de junio. Frases relativas á L. N. B. Se llama la atención del gobierno sobre estas frases, pronunciadas por obreros públicamente. Estos obreros aseguran que el ciudadano L. N. B. será elegido diputado y colocado muy pronto á la cabeza del gobierno. Llégase hasta asegurar que la conspiración bonapartista estallará esta noche ó mañana. Las palabras que se oyen en boca de todos los obreros merecen la atención del gobierno. Dicen, por ejemplo, que no se podrá sostener la república. — 12 de junio. Agitación profunda por L. B. Se temen sucesos serios. L. B. no se encuentra en Auteuil. Todo París está excitado con motivo de L. B. Se teme que todavía hoy ocurran sucesos graves. Se trata, según se dice, de nombrar á L. B. comandante de la segunda legión de las afueras. En la reunión que ha habido en Batignolles se ha manifestado muchísimo entusiasmo por L. B. Se habla de nombrarle jefe de esta legión. Se cree que el príncipe, pues así le llaman sus partidarios, no se presentará en la cámara antes de haberse decidido el asunto relativo á su persona.»

La Comisión ejecutiva, que hacia ya algunos días se hallaba en situación angustiosísima, dió el día 12 de junio á los prefectos y fiscales la orden de prender á Luis Bonaparte cuando se dejara ver en territorio francés; y como no habían sido abolidas todavía las leyes de destierro de los años 1816 y 1832, no se podía negar á la Comisión el derecho de proceder así. Fué Lamartine quien aprovechó el rumor falso de una pretendida sublevación de los bonapartistas para arrancar á la Comisión esta orden de arresto, diciéndole: «Ciudadanos, representantes del pueblo: Un fatal intermedio ha interrumpido el discurso que tenía el honor de dirigir á esta reunión. Mientras yo os hablaba, se refiere que han sido disparados varios tiros al grito de: ¡Viva el emperador! Si los conspiradores descarados son cogidos in fraganti debe ser aplicada la ley y lo será con aplauso de todos.» Dicho esto leyó una declaración redactada en la mañana del mismo día, que acababa en estos términos: «La Comisión ejecutará la ley de 1830 en cuanto toca á Luis Bonaparte, hasta el día en que la asamblea haya decidido otra cosa.» La reunión, dando vivas á la república, aprobó lo dicho por Lamartine, que aseguró además á la reunión en términos conmovedores que si bien él había conspirado con Blanqui y los suyos, lo había hecho como el para-rayos con la nube de tempestad, para desviar sus rayos. Cuando al día siguiente fué menester decidir de la legalidad ó ilegalidad de las segundas elecciones, propuso Julio Favre, como ponente, reconocer la legalidad de la elección del príncipe en la Charente inferior, recordando que el ministro de Justicia había dicho el 2 de junio, cuando Bonaparte solo era simple candidato: «El poner fuera de la ley á la familia Bonaparte sería un oprobio para Francia,» á lo cual añadió Favre: «Yo pregunto si estas palabras del ministro Guarda-sellos han de ser nulas cuando la elección popular ha puesto su cuádruple sello en la frente del candidato.» Dijo que la Comisión ejecutiva había hecho muy mal en dar importancia á la persona del ciudadano L. B.: «Si el ciudadano Bonaparte fuese tan demente que

(1) Granier de Cassagnac, tomo II, págs. 20 y 21.

soñara en una especie de parodia de lo que hizo en 1840, pronto sería envuelto en el desprecio de sus conciudadanos y de la posteridad. En Francia será L. B. solo un ciudadano, pero expulsado por haber sido elegido, se le pone en la situación de pretendiente y volverá atravesando el mar con algunos cientos de miles de votos que le darán una especie de legitimidad.» Este discurso produjo un cambio completo que Luis Blanc apoyó con todas sus fuerzas y que Ledru-Rollin no pudo contrarrestar. Fué, pues, decretada la admisión del príncipe, que todavía el día antes había sido desterrado de nuevo. El gobierno recibió con esto una sensible derrota en la asamblea, que poco antes le había aplaudido, y otra derrota más sensible le infligió Luis Napoleón con una carta en la cual rechazaba su elección, carta que hizo una impresión indescriptible. Esta carta, fechada en Londres en 14 de junio de 1848, decía: «Señor presidente: Estaba en camino para ocupar mi puesto cuando supe que mi nombre sirve de pretexto á lamentables desórdenes y á fatales errores. Yo no he pretendido el honor de ser representante del pueblo, y mucho menos pretendería el poder. Si el pueblo me impone deberes, sabré cumplirlos, pero reniego de todos aquellos que me atribuyan intenciones ambiciosas que no tengo. Mi nombre es símbolo del orden, de la nacionalidad y de la gloria, y si viese que este nombre aumentaba los desórdenes y el destrozo de la patria, sentiría el más profundo dolor. Para evitar semejante mal, preferiría continuar en el destierro; pronto estoy á hacer cualquier sacrificio por la felicidad de la Francia (1).» Esta carta fué leída al final de la sesión del 15 de junio, y causó en la asamblea el mismo efecto que una bomba que revienta en medio de personas pacíficas que pasean. La frase relativa á los deberes que el pueblo pudiera imponerle sonaba á golpe de Estado y violación de constitución; pero nadie tuvo la presencia de espíritu ni el valor de presentar la proposición de una nueva ley de destierro, ley que habría sido aprobada en aquel momento. Todos se volvieron á tranquilizar cuando se vieron sorprendidos al día siguiente por otra carta de Luis Napoleón, en la cual su autor expresaba su orgullo por su cuádruple elección y añadía que renunciaba en manos de la asamblea su cargo con vivo sentimiento, por haber servido su nombre inocentemente á toda clase de desórdenes.

La retirada voluntaria fué en estas circunstancias moralmente una victoria y políticamente un gran éxito; y así se desprende de los informes de la policía de estos días, como los siguientes: «16 de junio. Descontento por la renuncia de Luis Bonaparte; la gente forma grupos, expresa su disgusto por la renuncia de Bonaparte, y de cuando en cuando lanza alguna amenaza contra el gobierno.» Los informes del 21 y 22 de junio dicen que masas de obreros, decididos á oponerse al decreto de la asamblea que suprimía los talleres nacionales, atravesaban las calles en actitud amenazadora y que los gritos que mas se oían eran: ¡Abajo Lamartine! ¡viva Napoleón! Un informe de las once de la mañana del 22 de junio dice: «Una columna de 500 hombres acaba de pasar precedida de una bandera por el 7.º distrito. La gente que forma la columna dice que no irán á la Sologne, sino que preferirán morir en el sitio. Añaden que tomarán las armas contra la asamblea nacional y que les prestará su auxilio la guardia móvil. La misma banda al cruzar la calle de San Antonio ha gritado: ¡Viva Napoleón! no nos marchamos.» Otro informe de las dos dice: «La multitud reunida en la plaza del Panteón ha tomado la dirección del palacio del Luxemburgo y ha gritado: ¡Abajo Lamartine! ¡Viva Napoleón! Una banda de doscientos individuos, rechazada de la plaza, ha tomado el

(1) Gorce, tomo I, págs. 310 y 311.

punto de Notre-Dame y la calle de la Cité y se ha dirigido al 12.º distrito al grito de: ¡Viva Napoleón (2)!»

Este era, pues, el grito de guerra con el cual los proletarios de París entraron en la gran batalla de obreros de los días 23, 24, 25 y 26 de junio. ¡Viva Napoleón! gritaron al tomar las armas y ¡Pan ó trabajo! gritaron cuando subieron á las barricadas y lucharon cuatro días crueles contra la tropa del ejército activo y la guardia nacional; y con esto queda dicho á favor de quién el general Cavaignac, el vencedor en esta lucha horrible, limpió las calles de París. En efecto, las limpió para el príncipe Napoleón, que estaba tranquilo en Londres mientras en París trabajaban á porfía á su favor amigos y enemigos como si estuviesen á su sueldo. Mas que todos trabajó en su favor la nueva constitución, cuyo proyecto establecía que el representante del poder ejecutivo sería un presidente elegido por el pueblo. Presentó este proyecto á la asamblea el diputado Marrast, en 20 de agosto, y decía respecto del jefe del Estado principalmente lo siguiente:

Art. 43. El pueblo francés transmite el poder ejecutivo á un ciudadano que tendrá el título de Presidente de la República.

Art. 45. El Presidente de la República será elegido por cuatro años y no podrá ser reelegido sino después de otros cuatro años de cesación.

Art. 46. El Presidente será nombrado en votación secreta por la mayoría absoluta de votantes, por el derecho electoral directo, de todos los departamentos de Francia y de Argelia.

Art. 48. Antes de tomar posesión de su cargo, el Presidente de la República prestará en el seno de la asamblea nacional el juramento siguiente: «En presencia de Dios y ante el pueblo francés, representado en la asamblea nacional, juro fidelidad á la República democrática, una é indivisible, y cumplir todos los deberes que la Constitución me impone.»

Art. 50. El Presidente dispone de la fuerza armada, pero no podrá jamás mandarla en persona.

Art. 64. El Presidente de la República nombra y destituye en consejo de ministros los agentes diplomáticos, los jefes del ejército y de la armada, los prefectos, el jefe de la guardia nacional del Sena, el gobernador de Argelia y los de las colonias, los fiscales del Estado y otros funcionarios principales. Nombra y destituye los funcionarios inferiores del gobierno á propuesta del ministro del ramo y bajo las condiciones previstas por la ley.

Art. 66. Tiene el derecho de suspender por un espacio máximo de tres meses á los funcionarios del poder ejecutivo elegidos por los ciudadanos; pero solo á solicitud del Consejo de Estado puede separarlos de su puesto.

Antes que la asamblea llegara á consultar en la sesión del 5 de octubre lo relativo al poder ejecutivo, sobre todo la gran cuestión de la manera de elegirlo, ocurrió uno de aquellos intermedios imprevistos que demostró cuán poco entendían los partidos y sus jefes del espíritu del pueblo fuera de la asamblea; pues al hacerse otra vez elecciones, en 17 de setiembre, fué reelegido en cinco departamentos el príncipe Luis Bonaparte, después de haber sido elegido en junio en cuatro y de haber renunciado á su cuádruple elección. Esta vez le habían votado trescientos mil votantes y ya no podía dudarse de la seriedad de la voluntad del pueblo, con el cual se debía contar en adelante, aunque su representante estaba muy lejos de producir una impresión deslumbradora entre los grandes astros parlamentarios. Luis Napoleón, que el 26 de setiembre de 1848 se dejó ver por primera vez individualmente entre los representantes de Francia, produjo una im-

(2) Granier de Cassagnac, tomo II, pág. 21.

presión muy diferente de la idea que el pueblo se había formado de un príncipe que desde su juventud conspiraba con verdadero fanatismo; que casi niño todavía se había precipitado en la revolución de la Romagna y que después había intentado dos veces, en Estrasburgo y en Boulogne, conquistar la Francia centralizada desde una de sus provincias. Físicamente le faltaba todo lo que podía recordar á un héroe, ni siquiera á un Napoleón. Su cuerpo no tenía esbeltez ni proporción; la parte superior era abultada, los hombros anchos y la espalda encorvada, descansando tan poco segura como en Luis XVI sobre la parte inferior y sobre las piernas cortas (1). Sobre el cuello, que apenas salía de entre los hombros, se levantaba una cabeza pequeña con una cara de color cetrino y terroso, una grandísima nariz que nada tenía de napoleónica y debajo de ella bigotes gigantescos, con sus puntas artísticamente afiladas como lanzas. La mirada, casi siempre velada, solo en ciertas ocasiones despedía algún chispazo. Ante la asamblea, que solo gracias al esfuerzo que hizo no expresó su desengaño, sacó el príncipe un papel arrugado de su bolsillo y lo leyó con ademán cortado, como una doncella, y con acento en que nadie habría reconocido un francés. Leyó algunas palabras de gratitud por haber sido admitido nuevamente en su patria; protestó contra las calumnias y encareció su afecto á la república, sin mencionar ni remotamente nada que se pareciera á una renuncia de las pretensiones napoleónicas. Este discurso fué recibido con el silencio del menosprecio, y Luis Napoleón tuvo el talento de no pronunciar ya ninguno más. En concepto parlamentario fué desde entonces hombre muerto; no se presentó en las sesiones, en las cuales para él no había tampoco nada que hacer, y así ni se gastó ni comprometió sus planes secretos. A pesar de todo, no podía dudar ningún inteligente, en vista de las dos elecciones del 4 de junio y 17 de setiembre, que si se admitía la elección popular del Presidente, como proponía el proyecto de la constitución, el príncipe sería elegido por el pueblo Presidente de la república. Para evitar esto, no había más medio que combatir la elección popular en este caso.

Para lograr este objeto propuso el diputado Julio Grevy suprimir el Presidente de la república y sustituirle por un presidente del consejo de ministros que la asamblea elegiría como su funcionario ejecutivo, con el derecho de anular en cualquier tiempo su nombramiento. Toda otra proposición, decía el citado orador, quitaba temporalmente á la nación su derecho soberano; y el único medio de proteger eficazmente la representación nacional y las libertades públicas, era que la representación nacional conservara en sus manos todo el poder ejecutivo, y si lo delegaba poderlo volver á recobrar á cada momento. No gustó esta proposición, pero causó mucha impresión cuando el orador señaló la elección del Presidente por el pueblo como el camino recto para restablecer la monarquía, diciendo á la asamblea: «¿Qué más podríais hacer, señores, si quisiérais establecer la monarquía? ¿Estais seguros de que entre los individuos que cada cuatro años han de relevarse en la presidencia habrá solamente republicanos que se apresuren á bajar de la silla presidencial? ¿Estais seguros de que nunca habrá un ambicioso que quiera mantenerse en el cargo de Presidente? ¿Y si este ambicioso es un hombre que ha sabido conquistar la popularidad, si es un descendiente de una de las familias que han dominado sobre la Francia, y que nunca ha renunciado clara y expresamente á lo que él llama sus derechos; cuando el comercio yace abatido; cuando el pueblo padece y cuando en uno de

(1) En el edicto que se publicó en 26 de mayo de 1846 para prender á Luis Napoleón después de su evasión de Ham, se dice entre las señas particulares: «Cabeza hundida entre los hombros, espalda ancha y encorvada.»

aquellos momentos de crisis y de miseria se rinde fácilmente á los que ocultan bajo promesas seductoras sus propósitos liberticidas, ¿podeis asegurar entonces que el tal ambicioso no conseguirá hacer caer la república? Hasta ahora todas las repúblicas han sucumbido ante el despotismo; ahí está el peligro. ¿Qué medios protectores habeis dispuesto contra este enemigo? Ninguno. ¿Qué digo? Le allanais los caminos, construís en la república una fortaleza para recibirle (2).»

Otra proposición, presentada por el diputado Leblond, para que la asamblea eligiera al Presidente, encontró un defensor muy elocuente y perito en el diputado Parieu, que dijo: «Una asamblea se encuentra en mejor situación que el pueblo para aquilatar los méritos de un pretendiente á la presidencia. Ni la Suiza, ni Holanda, ni los Estados Unidos de América pensaron en su origen encomendar al sufragio



El vizconde de Falloux  
(copia del cuadro de Decaisne, hecho en 1837)

universal el nombramiento del jefe del Estado; y sin embargo, en estos tres países no había dejado recuerdo alguno la monarquía; y, ¿creéis, señores, que en nuestro país, donde hace tan poco tiempo que se ha proclamado la república, no habrá deseo de volver al tiempo pasado cada vez que ocurran una calamidad, una desgracia ú otros males? ¿Habeis pensado en la calidad del poder que vais á crear ahora? ¿Dais á un poder que debería depender de vosotros un origen independiente. El Presidente recibe sus poderes del pueblo entero y vosotros queréis que sea súbdito vuestro; dais las raíces de un roble para criar una débil caña; le confiais un poder como el que tenía Napoleón cuando quiso ser emperador, y queréis ponerle cadenas quebradizas y pretendéis decirle: Cuidado, no dés coces. La proposición de que se trata es una fuente fatal de conflictos entre la cámara y el poder ejecutivo, y lo peor es que estos conflictos no tienen compensación legal. El Presidente no tiene el derecho de disolver esta asamblea ni la asamblea tiene el derecho de destituir al Presidente. No hay más que un medio de concordarlo todo, que es encargar á esta asamblea la elección del jefe del Estado.»

Si se hubiese admitido esta proposición habría sido segura la elección del general Cavaignac, que era el hombre de confianza de la gran mayoría de la asamblea; pero Lamartine

(2) Gorce, tomo I, pág. 444.